AÑO I Domingo 16 de Mayo de 1869. Núm. 5.

LA VOZ DEL PROGRESO,

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y CIENTÍFICO.

PRECIO DE SUSCRICION.

Un mes 4 reales en toda España

PUNTO DE SUSCRICION.

Sevilla: Calle del Rosario núm. 21 moderno.

REVISTA POLÍTICA.

Durante la pasada semana han seguido ocupándose las Constituyentes en la discusion de los artículos de la Constitucion, anteriores al 33, y de las varias enmiendas, presentadas por los diferentes grupos parlamentarios.

Nada de notable ha ocurrido en ese terreno despues del elevado y brillante discurso del Sr. Echegaray, como no sea el incidente, á que han dado lugar las palabras del Sr. Zorrilla sobre la institucion de la milicia nacional, terminado satisfactoriamente con las ámplias esplicaciones que este Ministro dió á su primer discurso.

La cuestion que hoy preocupa los ánimos es la de regencia. Sabido es de todos nuestros lectores que de muchos dias á esta parte venia discutiéndose la conveniencia de esta manera de constituirse el poder, por un periodo mas ó menos dilatado, en tanto que la fuerza de los acontecimientos, no nos indicaba con precision el rumbo que debiamos tomar, y à la espectativa de una solucion que ni siquiera vislumbramos hoy.

Mirada la regencia bajo su mejor aspecto ofrece ventajas incontestables, sobre todo teniendo en cuenta la negacion que las actuales y estraordinarias circunstancias oponen á cuantos proyectos de reconstitucion formal se trazan por los partidos.

Si consideramos que lo mas funesto de una interinidad prolongada, lo que aterra á las personas sensatas, es la falta de un principio de autoridad firme y respetado, fuente de paz y de prosperidad: y si consideramos por otra parte que este principio de autoridad no ha de venir encarnado en ninguno de los candidatos que hoy tienen mayores ó menores esperanzas de ocupar el trono español, porque ninguno de ellos es lo suficientemente popular para conseguirlo desde luego; si consideramos esto, veremos que la regencia es una preparacion de mas estable forma de gobierno, y que aunque prolonga la interinidad, no es ya esa interinidad que desquicia nuestra sociedad, destruye sus elementos de riqueza y aniquila sus fuerzas.

Otra cosa imaginan, ó al menos así lo dicen, los unionistas; pero su intencion es conocida de todos, y sus compasivas declamaciones sobre los fatales resultados del actual estado de cosas para el país, son consideradas por todos como el grito del interés mas que como el de la buena intencion y el patriotismo. Este pícaro pueblo ne quiere convencerse de que Montpensier le es indispensable, y en ninguna de las ocasiones en que le pintan los unionistas los horrores de la interinidad, se le ocurre dirigir sus miradas á esa panacea universal que vive entre los portugueses, inspirando recelos á algun francés é infiltrándose en los bolsillos de mas de un español.

Otra razon tienen los unionistas, indicada por ellos desde el momento en que se inició la idea de una regencia. Esta razon es la pérdida de influencia que en la esfera de accion de la política tendría el general Serrano con su nombramiento de regente, que indudablemente le alejaría de ella más de lo necesario en épocas de tanta agitacion como la presente y que tan incansable vigilancia y un trabajo tan sostenido de direccion requieren en los gefes de los partidos.

Los anales de las regencias ofrecen además el triste ejemplo de la del ilustre duque de la Victoria, que debió á ella su descrédito político, rodeado como estaba de una aureola de gloria y de popularidad inmensamente mayor que la del general Serrano, y en una época en que si las circunstaucias eran difíciles, no se verian por cierto las terribles alternativas que el radicalismo político de la que corre nos presenta continuamente.

Al lado de estas y otras consideraciones que pueden hacer á los ojos de la union liberal repugnante la idea de la regencia, está la actitud decidida del audáz caudillo progresista, de aceptarla en caso de que Serrano no lo verifique.

Este es un hecho que ha de poner en una situacion apurada á los indivíduos de la union que en este asunto se muestran menos resueltos á seguir un camino ú otro.

De todos modos aguardamos con curiosidad el término de este incidente que no puede inspirar, como otros anteriores, recelos á los buenos liberales. Por el contrario halaga las esperanzas de todos ellos, inclusos los republicanos, que en todo cuanto no sea la inmediata proclamacion de un rey, ven una probabilidad mas para su causa.

José Rica.

FORMICA.

(Cuento fantàstico de Hoffmann.)

II.

Despues de la salida del doctor, la buena viuda subió al lado de Salvator. Sus dos hijas habian vuelto á tomar ya puesto á la cabecera de su lecho, donde permanecian atentas y recogidas como dos ángeles guardianes. El enfermo empezaba á dar algunas señales de vida.

—Madre, dijeron entonces las dos jóvenes, Dios no dejará morir á nuestro buen amigo Salvator; pero por qué has hecho venir aquí á ese villano doctor, cuyas visitas cuestan tan caras y cuya sola presencia nos dá calentura!

—Callad locas, respondió Catalina, demasiado dichosas somos con que el célebre Splendiano, el médico de la aristocracia de Roma, se haya dignado hacernos una visita. Si, gracias á sus cuidados, el maestro Salvator recobra la salud, le regalará un buen cuadro, y Splendiano quedará satisfecho, pues es un hombre generoso, que trata á los artistas como á hermanos....

—Sí, gritaron las jóvenes, cuando no les entierra....

—Silencio, dijo Catalina, Salvator entreabre los ojos.

En efecto; los colores de la vida volvian al rostro del pintor; su pecho se dilataba para exhalar un suspiro, y sus lábios, dulcemente agitados por el despertar de los sentidos, expresaban, como sus pupilas semiveladas aún, un sentimiento de cariñosa gratitud por los cuidados de que era objeto. Iba á ensayar el pronunciar algunas palabras, pero una manita blanca se posó sobre su boca, en tanto que una dulce voz murmuraba muy quedo á su oido—:Esperanza y valor!

Algunos momentos despues volvió el doctor Splendiano, llevando bajo los brazos muchos frascos llenos de una droga detestable, que solia mandar hacer tragar, de grado ó por fuerza, á sus clientes. El efecto de este remedio fué deplorable, y ya que fuere peor que el del mal ó lo que quiera, es lo cierto que el pobre Salvator iba pasito á paso al otro mundo. Catalina pasó aquella noche rogando á la *Madona* y á todos los santos del cielo, viniesen en auxilio de su antiguo huésped, y no le dejasen morir tan jóven y tan digno de un porvenir. Las jóvenes desconsoladas, acusaban á las drogas del maldito doctor, y arrojaban gritos lastimeros á cada convulsion del enfermo, de quien se habia apoderado el delirio. Este espectáculo de terror y de lágrimas duró hasta el alba. Repentinamente, Salvator se lanzó fuera del lecho; cojió, una tras otra, todas las redomillas de Splendiano Accoramboni y las tiró por la ventana. En el momento en que hacia esto, el doctor, que llegaba á preguntar por su cliente, recibió el contenido de las redomas, llenas de un licor negro, sobre su peluca y su hermosa bata de damasco de Venecia. Dobló el paso, gritando de una manera estraña:—Mi enfermo tiene trastornado el cérebro; en diez minutos habrá perecido; quién me pagará mis visitas?..... señora Catalina, entregadme los lienzos que debe contener la caja grande ¡son mi retribucion!.....

No pudo entonces Catalina hacer cosa mejor que abrir el cofre de que hemos hablado. Cuando hubo visto Splendiano toda la ropavejería de que estaba lleno en sus tres cuartas partes, sus ojos bordados de escarlata se inflamaron de cólera. Dió patadas, rechinó los dientes, y dando á todos los diablos del infierno todos los habitantes de la calle Borgoñona, se lanzó fuera de la casa como un toro escapado del matadero.

Cuando disminuyó la fiebre, cayó Salvator en un estupor profundo. La buena Catalina, creyendo que iba á espirar, corrió al convento vecino á llamar al padre Bonifacio, para administrar al moribundo los últimos sacramentos. Pero al aspecto de Salvator, á quien examinó con atencion, se apresuró á declarar el religioso que con ayuda de algunos cuidados inteligentes, estaba seguro el pintor de recobrar la mas perfecta salud, con tal que la puerta de su alcoba permaneciese cerrada á todos los ponderadores de drogas empíricas. En efecto, él se encargó de salvarle, colocando á su lado para asistirle un hombre en quien tenia toda su confianza. Pronto restablecieron el equilibrio en los órganos del enfermo, medicamentos sencillos y convenientemente aplicados. Cuando Salvator pudo moverse y proferir algunas palabras, sus primeras miradas cayeron sobre un jóven de esterior distinguido, que se arrojó de rodillas á los pies de su lecho, gritando:—Oh mi digno maestro, bendito sea Dios! estais salvado!

—Dónde estoy?.... murmuró Salvator.

Z/12764

do un gran nombre en las letras; pero siempre errante, libre de todo saludable freno, ni pudo hacer buenos estudios ni purificar su gusto. Lista solía decir de él, que su talento era como una plaza de toros: muy grande, pero lleno de canalla. Emigrado á los diez y seis años primero en Portugal, luego en Inglaterra y Francia, su borrascosa vida durante aquella larga peregrinacion fué una novela, cuya accion capital forma el admirable episodio del singular poema *El Diablo Mundo* que lleva el título de *Teresa*. ¡Pobre Teresa! Tambien su pálida sombra vaga ya por mi oscura *Necrópolis*, persiguiendo indignada al gallardo mancebo de ojos árabes y largos rizos de ébano que tanto la amó y tan desgraciada la hizo.... Para mí, Espronceda es siempre el *gallardo mancebo* de los tiempos en que fué mi amigo, el Byron español, gran poeta y gran calavera como él, y como él tambien voluble Eneas de muchas Didos.

de *Manfredo*, se encargue de desvanecer esta apreciacion. El crítico á quien aludimos, Kennedy, en su obra titulada *Modern poets and poetry of Spain*, despues de rendir á nuestro poeta el tributo de admiracion debido á su génio, niega que le pueda cuadrar la calificacion de imitador de lord Byron. Estudiando la composicion del poeta español *A Jarifa*, dice que en ella se manifiesta una causa más positiva de su desencanto, que atribuye Kennedy á las circunstancias de que se vió rodeado, que las vagas reminiscencias, el egoismo y los mil inexplicables y vagarosos sentimientos en que fundaba el suyo lord Byron. Halla Kennedy en la entonacion de Espronceda el mismo carácter de la de los poetas españoles mas célebres, y al mismo tiempo no encuentra en él el egoismo de la escuela byroniana. Confiesa, empero, que la estancia del poeta español en Inglaterra, y el haberse familiarizado con la lengua y la literatura de aquel pais, y especialmente con el estudio de Byron, no dejó de influir en su génio poético, prestándole una fuerza de expresion y una profundidad de afectos que de otro modo acaso no hubiera logrado. Entusiasmado Kennedy con la lectura de Espronceda, dice que está á gran altura en la poesía para que pueda achacársele la cualidad de imitador.

En un todo nos hallamos conformes con este crítico, que ha dado á conocer en Inglaterra algunas magníficas composiciones de nuestros mejores poetas contemporáneo: creemos que entre la musa de lord Byron y la de Espronceda hay diferencias esenciales, á par de grandes analogías.

Los dos sentian hervir en su pecho ese fuego, siempre vivo, que estalla y se desborda á la menor compresion: exaltados, audaces, emprendedores los dos, de elevadísimo estro, maestros en el arte de expresar sus pasiones con ardiente energía, empleando grandiosas y animadas imágenes y un estilo ya melancólico, dulce y cadencioso, ya nervioso, terrible, sarcástico, ya rico en galanura y empapado en los brillantes colores con que reviste los campos el sol de abril. Ansiosos los dos de glorias y amores; deplorando los dos perdida una ilusion que les pintó la tierra como cielo de placeres y de ventura, lamentando su vida, tesoro de fuerza y de entusiasmo, sin objeto ya y empozoñada por amargos recuerdos y sombrío desengaño; y en contraposicion con este último sentimiento, los dos luchando sin cesar por la libertad de los pueblos de que fueron entusiastas, muriendo el uno en Grecia, que lanzaba el grito de su independencia, y combatiendo el otro al lado de cuantos trataron de clavar la bandera de la libertad en la España del absolutismo.

Tal semejanza de sentimientos y de aspiraciones no puede menos de evidenciarse en sus obras, sujetivas esencialmente, y en las cuales se complacieron los dos en retratarse á sí mismos, haciendo aparecer en ellas su carácter íntimo. Pero surge desde luego una primera diferencia, capital si se considera la influencia del espíritu de nacionalidad en la literatura de un pueblo, en las producciones de un poeta: esta diferencia es motivada por el amor á la pátria; grande, exclusivo en el co-

Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entónces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
¡Ni áun quedará reliquia de tu lumbre!!»

J. R.

Tomamos este fragmento de un articulo semi-fantástico, semi-histórico, publicado por el Sr. D. Eugenio de Ochoa, con el titulo de

NECRÓPOLIS.

Aquellos tres que allí van juntos, departiendo gravemente sobre altas teorías filosóficas del arte y la literatura, son tres íntimos compañeros de mi primera juventud, Espronceda, Floran, Villalta, inteligencias de primer órden, tristemente apartadas de su verdadera vocacion por los azares de estos revueltos tiempos que nos han tocado en suerte á los hijos del siglo XIX. Nacidos bajo el apacible reinado de Fernando VI ó Cárlos III, España contaría tres glorias mas. De ellos solo Espronceda ha deja-

Mirando sin cesar los fijaria.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te via
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Océano
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto Soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el dia,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envia
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.»

Quien así escribe no sufre el epíteto de imitador de ningun poeta, y puede sostener el parangon con los mas elevados. Hé aquí cómo termina este brillante himno:

«Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso dia
Llegue, en que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del padre Soberano,
Y allá á la eternidad tambien descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado

razon de Espronceda; muerto en lord Byron por heridas de amor propio y desgracias irreparables sufridas en la primera juventud, en que más honda perturbacion y más radicales cambios producen. Bellísimas composiciones ha inspirado al poeta español su noble y acrisolado amor al pais que le vió nacer, y si no fuera porque su popularidad las ha hecho de todos conocidas, nombraríamos aquí algunas de ellas y no podriamos menos de insertar las estrofas de aquella tierna y misteriosa elegia á la nacion amenguada y empequeñecida donde en otro tiempo héroes sin fin despidieron tan claro resplandor; á la España, sujeta entonces al cetro de Fernando VII, y por cuyo amor vagaba Espronceda en las apartadas orillas del Támesis. Léjos tambien de su pátria, lord Byron sólo para maldecir de su grandeza la recuerda; siendo poco á propósito su carácter desordenado para apreciar en su justo valor la armonía de sus instituciones y enemiga su poesía del prosaismo de la nacion comercial.

Otra diferencia hallamos en la naturaleza de su talento; más hecho para las observaciones finas y penetrantes del corazon humano el de lord Byron; el de Espronceda, aunque profundamente psicológico tambien, más sencillo, más enérgico, con mayor unidad, más adecuado para la expresion general de las grandes pasiones, como el de lord Byron para la de los pequeños detalles y de los matices más leves de los caractéres y sentimientos. Encántanos lord Byron con su ligereza y sutil sagacidad, disertando sobre puntos de historia, de política, de costumbres, moviendo los objetos á su an-

lojo, y presentándonoslos bajo el punto de vista poético, gracioso, conmovedor ó vulgar. Espronceda, al tratar de seguir en este terreno las huellas de lord Byron, sale de su verdadera esfera, quedando muy inferior á sí mismo. Pero que traten ambos de arrebatar nuestra mente en pos de una pasion sublime que haga vibrar tumultuosas las cuerdas de su lira; entónces el poeta español supera al poeta inglés en fuerza, en creencias, en osadía, en lirismo, en robustez y nervio de entonacion; habiendo llorado ántes con lágrimas de sangre, conmovido, trémulo, canta un himno sonoro, fiel expresion de los afectos que agitan su pecho, y en él exhala confundidos, gritos de ardoroso entusiasmo, ideas de grandeza, ayes de dolor, frases de heroismo y de fé, formando una armonía majestuosa y sublime, que á veces rompe con un áspero acento de escepticismo ó de amargura.

Muchas, muchísimas de sus composiciones llevan ese sello de sublimidad y de genio, ostentando un raudal atropellado é imponente de sentimientos, cuya música poderosa se asemeja al fragor del torrente que se despeña: no necesitamos siquiera citar sus nombres; en la memoria de nuestros lectores estarán muchos de sus fascinadores cantos. Mil descripciones, ya explendorosas y magníficas, ya de conmovedora melancolía que encierra el poema *El Diablo Mundo*, vendrán á sus lábios sin quererlo. La profunda y sombría tristeza que se desprende del *Estudiante de Salamanca* habrá conmovido más de una vez la imaginacion del lector. En medio de la serena noche habreis alzado vuestros ojos al estrellado cielo,

murmurando estos tristísimos versos:

«¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu explendor dudoso,
Turbado siento el corazon latir?»

Su canto á *Teresa* os habrá hecho derramar una lágrima por su memoria. En el *Himno al sol* le habreis seguido extasiados en su atrevido vuelo. La inspiracion que en esta, como en las demás de sus composiones resalta, basta para colocarle en el encumbrado sitio que se merece y hacerle digno de inmortal renombre. Léase su principio, osado como un grito de guerra, majestuoso y solemne como una marcha triunfal:

«Pára y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte;
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ánsia de admirarte,
Intrépidas á tí sus álas guia.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á tí llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
Diera tambien su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra
Los anhelantes ojos alzaria.
Y en tu semblante fúlgido atrevidos

—Estais fuera de las manos del doctor Piramide, que trabajaba por enviaros al cielo.

—Piramide?... qué quereis decir? dijo el pintor con voz débil.

—Es un médico de Roma, replicó el jóven, que tiene monomanía por los cuadros, y que para enriquecer su galería, persigue á todos los artistas, cuya mala suerte se le hace encontrar; les hace creer que están atacados de una enfermedad de su invencion, y les asesina á fuerza de recetas. En cuanto los ha enviado al otro mundo, se presenta en la casa mortuoria con una lista de las visitas que se le deben, y pasa á cuchillo cuadros, estátuas y dibujos para pago de sus honorarios, que, gracias á su celebridad, mal ó bien adquirida, son muy elevados siempre. El sobrenombre de Piramide ha sido dado al señor Splendiano Accoramboni por los que, como vos, han tenido la suerte de escapar de sus garras. En un acceso de delirio, habeis arrojado sus redomas por la ventana, y habeis hecho bien, porque lo que de esa manera arrojábais de la casa era la muerte. Vuestra valiente huéspeda ha tenido la feliz idea de recurrir al padre Bonifacio, santo y prudente religioso del monasterio vecino. El es quien me ha enviado á vuestro lado. Una simple sangría ha bastado para aligeraros de una sangre demasiado abundante. Algunos calmantes han producido lo demás, y héos aquí, gracias á Dios, bien vivo y seguro de vivir, en el cuartito que habitábais otras veces. Esto es mas que lo que necesita para ser dichoso Antonio Scacciati, vuestro servidor, que pedia al cielo, tanto tiempo hace, el favor de ver una vez de cerca, una sola vez en su vida, al célebre Salvator Rosa!

—Pero, dijo Salvator esforzándose por fijar sus pensamientos, no comprendo, amigo mio, el motivo de ese gran cariño que me manifestais.

—Permitid que le calle todavia, dijo Antonio; cuando podais soportar una conversacion mas larga, os confiaré este secreto.

—Soy vuestro en cuerpo y alma, amigo mio, respondió Salvator, y estoy agradecidísimo á vuestro proceder; permitidme añadir que nunca rostro alguno me pareció tan simpático; cuanto mas os miro, mas me parece hallar en vos alguna cosa de las facciones de Rafael Sancio!....

(Se continuará.)

Á MI MADRE.

Dentro de la mente oscura
Eternamente conservo
Un cuadro horrible y acerbo
De desdicha y de amargura.

Era una noche sombría....
Postrada en doliente lecho,
Tierno quejido del pecho
Lanzaba la madre mia.
Quejido dulce y mortal
De un alma desfallecida:
Adios que se dá á la vida
De la muerte en el umbral:
Sordos ayes moribundos
Que el triste silencio seco
Interrumpian, cual eco
De otros misteriosos mundos.
El claro brillo marchito
Sus dulces ojos mostraban
Y su pupila clavaban
En un oscuro infinito.
Inmóviles, moribundos,
Daban con dolor cruento,
La idea de un aislamiento
Y un desamparo profundos.
Amortiguados y fijos
Un mas allá contemplaban;
Y este mundo no miraban
Donde lloraban sus hijos.
Ay! en mortal impaciencia
Mirábamos sus destellos
Para adivinar en ellos
El fuego de la existencia.
Y un acento de afliccion
Gemia en la oscuridad:
Llanto! triste soledad!
Eterna separacion!
La muerte sombría avanza
Sin cesar sobre su lecho
Oyese dentro del pecho
El adios de la esperanza.
En lloro de desconsuelo,
Van los ojos con delirio
De su lecho de martirio
Al omnipotente cielo.
Cesa un punto su agonia...
Luego su boca modula
Un ¡ay! que apena articula...
—Adios, adios, madre mia!

—

Su espíritu huyó á la altura
Del glorioso Jehová.
Dichas, amor y dulzura,
Mañanas mil de hermosura,
Sólo un recuerdo son ya.
En mar terrible y sombría
El sol con tigo se hundió;
El nuevo sol, madre mia,
Con un velo de agonia
Su ardiente lumbre cubrió.
Madre, quien te ha contemplado
Como al ángel de su sueño
De su dulce cuna al lado;
Quien descansó descuidado
En tu regazo halagüeño;
Quien su sonrisa aprendió
En tu maternal sonrisa;

Quien, niño aun, repitió
Con voz débil é indecisa
La oracion que te escuchó;
Quien te vió como á su cielo,
Y encontró calma á su anhelo
En tu mirada serena,
Y compasion á su pena,
Y á sus lágrimas consuelo;
Quien en tiernas confianzas
Pudo de tu boca oir
Tus alegres esperanzas
De dichas y venturanzas
En un bello porvenir;
Dónde hallará, madre mia,
Vida y luz y trasparencia,
Y hermosura y ufanía,
Hundida en la noche fria
La llama de tu existencia?
Nubes el cielo ofuscaron
Que del hondo mar salieron;
Esperanzas que nacieron
Y el porvenir esmaltaron,
En un dia perecieron!

—

Hoy ese sol que en su zenit relumbra
Iluminando el mundo bullidor,
En tu mágico rostro no vislumbra,
Prestando á tu mirada resplandor.
Y de la turba entre la grita loca
Que hiere el corazon, áspera y dura,
No resuenan las frases de tu boca,
Trémulas de cariño y de dulzura.
Oscurece la tierra vaga niebla,
Empaña el puro azul cárdeno manto,
Y la algazara que los aires puebla
Sordo parece y lamentable canto.
Quejas murmuran las marchitas hojas
Que en el fondo del bosque se estremecen,
Entre la selva gimen sus congojas
Las aves que en los árboles se mecen.
Como surcan las lágrimas dolientes
Un rostro que nubló la desventura,
Suspirando deslízanse las fuentes
Bajo el negro dosel de la espesura.
Las ráfagas del cierzo hasta la playa
La mar arrastran ronca y dolorida,
Y alumbra el sol cuyo fulgor desmaya
Una infeliz embarcacion perdida.
Ahogada pena exhala en su respiro
Naturaleza lóbrega y oscura;
Do quier se siente, madre, tu suspiro,
Flébil voz de dolor y desventura;
Que trae á la memoria conmovida
Un gemido mortal y lastimero,
Una apagada y dulce despedida,
Un adios amarguísimo y postrero.
Quién pensaría, cuando, dulce y bella,
Nos abrigaba en su regazo santo,
Que habia de partir, dejando huella,
Huella tan melancólica de llanto!
Al despuntar la aurora de mi vida,
Ella en la noche lóbrega quedó. ...
¡Cuán triste el beso fué de despedida
En que la dije *para siempre adios*!
Mas si quedó á mi pecho luto y duelo,
Tambien, blanco reflejo de tu luz,
En él quedó una idea de consuelo,
Un recuerdo sagrado de virtud.
Y me quedó en mi pena solitaria
Una esperanza dulce y celestial:
¡Quiera escuchar el cielo mi plegaria
Que tú, madre, en tus alas llevarás!
Pídele á Dios que cuando el negro mundo
Próximo yo por siempre á despedir,
Desfallecido, yerto y moribundo,
Cual nunca, madre, te recuerde á tí:
Solo me dé un desierto negro y frio,
Sin un cielo de aljófar y colores;
Un desierto fatídico y sombrío,
Sin praderas, sin fuentes y sin flores;
Sin transparentes ángeles felices
Que apenas quiebren diáfanos la luz;
Sin astros de riquísimos matices
De nieve y de carmin, de oro y de azul;
Mas brille en él, feliz y enamorada,
Tu luminosa y fúlgida figura,
Y avarienta se absorva mi mirada
En tu mirada de inmortal dulzura.
Y si esto logras de su mano santa,
En himnos, madre, de celeste amor,
Gracias eternas en mi nombre canta,
Gracias eternas al piadoso Dios.

José Rica.

Madrid: 1867.

LA VOZ DEL PROGRESO.

SEMANARIO POLITICO, LITERARIO Y CIENTIFICO.

Se publica en Sevilla todos los Domingos. Cada número recibirán los suscritores ocho páginas en 4.° de las obras de Espronceda, para la cual cuenta la redaccion con todas las poesías publicadas en diferentes periódicos de la época de este distinguido poeta y existentes en poder de particulares.

Mensualmente se darán recopilados los decretos, leyes y órdenes del poder ejecutivo.

La Voz del Progreso, publicará numerosas revistas cientificas, literarias, agrícolas y de intereses materiales con toda la estencion y especialidad posible en una publicacion de su carácter; y dará tambien un trabajo bibliográfico sobre cada uno de los libros que se remitan á su redaccion.

Precios de suscricion: En Sevilla 4 rs. mensuales, en Provincias 12 rs. por trimestre, franco de porte.

Se suscribe en la redaccion, calle del Rosario núm. 21, donde deberán dirigirse las reclamaciones y á la que podrán acudir los suscritores de provincias acompañando el importe de la suscricion en libranza del giro mútuo y sellos de franqueo.

SEVILLA:=1869.
Imp. de Salvador Acuña y C.ª, Colon, 26.